en el Proceso Apostólico de 1666; y fueron personas superiores á toda excepcion, todos concordes en calificar y aprobar por verdadera la Aparicion milagrosa con públicas é inmediatas noticias que tuvieron y siempre conservaron de aquel singular acontecimiento. (Florencia. Estrella del Norte. c. 13. §. 1. al 8.)

De todo lo que hemos compendiado hasta aquí, se sigue que hay por lo menos cuatro relaciones antiguas y fidedignas sobre la Aparicion y son:

La primera es de Antonio Valeriano, escrita, como lo deducen algunos escritores, por el de 1540, y traducida por Tanco, y es la que vamos á reproducir.

La segunda es la del Autor anonimo, dada á luz por Luis Lazo de la Vega, y pertenece al mismo siglo de la Aparicion, como últimamente acaba de confirmarlo el Dr. D. Agustin de la Rosa, Canónigo de la Metropolitana de Guadalajara, muy versado en el idioma mexicano. [1]

La tercera, es la paráfrasis que hizo de la primera Fernando de Alva por el de 1600; y que Cárlos de Sigüenza prestó al P. Florencia.

La cuarta es la que imprimió Sánchez en 1648; y la sacó principalmente de la tradicion de los antiguos.

Estas cuatro relaciones son unánimes y conformes en referir el milagro de la Aparicion; pero distintas

(1) Las palabras del Dr. de la Rosa son estas: "Lo que es Tito Livio en la lengua latina, lo es esta relacion en el idioma mexicano." Y como los sabios mexicanos admiten que la elegancia del idioma mexicano es propia principalmente del siglo en que la Vírgen Madre de Dios apareció en el Tepeyac: de aquí se deduce que la Relacion fué escrita no mucho despues de la Aparicion.

por sus autores, como se conoce por el modo de escribir y por otras circunstancias propias.

Ademas de estas cuatro relaciones, hay la que se conserva en el archivo de la Universidad de México, en idioma mexicano y en papel de maguey. Por no tener ni una copia de dicha relacion, no podemos decir si es copia de la primera ó de las otras, ó bien distinta de todas ellas. Hay en fin la sexta, sacada por el Prelado Romano Nicoselli de la narracion latina insertada en las escrituras auténticas, mandadas por el de 1663, á Roma al Pontífice Álejandro VII. Con esto queda demostrado, que no nos faltan *documentos contemporáneos* para probar la verdad de la Aparicion.

II.

Texto de la Relacion traducida por Tanco.

"*Tradicion del milagro.* Corriendo el año del nacimiento de Cristo Señor Nuestro de 1531, y del dominio de los españoles en esta ciudad de México y su provincia de la Nueva España cumplidos diez años y casi cuatro meses; extinguida la guerra, y habiendo comenzado en aqueste Reino el Santo Evangelio, sábado muy de mañana, ántes de esclarecer la Aurora, á nueve dias del mes de Diciembre, un indio plebeyo y pobre, humilde y cándido, (1) de los recien convertidos á nuestra santa fé católica, el cual en el santo bautismo se llamó *Juan*, y por sobrenombre *Diego*, natural, segun fama,

(1) Sencillo.

del pueblo de *Cuautitlan*, distante cuatro leguas de esta ciudad hácia la parte del Norte de la nacion mexicana, y casado con una india que se llamó *María Lucía*, de la misma calidad que su marido, venia del pueblo en que residía (dícese haber sido el de *Tolpetlac*, en que era vecino) al templo de Santiago el mayor, Patron de España, que es en un barrio de *Tlatelolco*, Doctrina de los religiosos del Señor San Francisco, á oir la Misa de la Vírgen María. Llegando pues, al romper del alba, al pié de un cerro pequeño que se decía *Tepeyacac*, que significa *extremidad ó remate agudo de los cerros*, porque sobresalen á los demas montes que rodean el valle y laguna, en que yace la ciudad de México, y es el que mas se le acerca; y el dia de hoy se dice de Nuestra Señora de Guadalupe, por lo que se dirá despues de esto: oyó el indio en la cumbre del cerrillo, y en una ceja de peñascos que se levanta sobre lo llano á orilla de la laguna, un canto dulce y sonoro, que segun dijo, le pareció de muchedumbre y variedad de pajarillos, que cantaban juntos con suavidad y armonía, respondiéndose á coros los unos á los otros con singular concierto, cuyos ecos reduplicaba y repetia el cerro alto, que se sublima sobre el montecillo; y alzando la vista al lugar, donde á su estimacion se formaba el canto, vió en él una nube blanca y resplandeciente, y en el contorno de ella un hermoso Arco-Iris de diversos colores, que se formaba de los rayos de una luz y claridad excesiva que se mostraba en medio de la nube. Quedó el indio absorto y como fuera de sí en un suave arrobamiento ,sin temor ni turbacion alguna, sintiendo den-

tro de su corazon un júbilo y alborozo inexplicable, de tal suerte, que dijo entre sí: *¿Qué será esto que oigo y veo? ó adónde he sido llevado? ¿Por ventura he sido trasladado al paraiso de deleites, que llamaban nuestros mayores orígen de nuestra carne, jardin de flores, ó tierra celestial, oculta á los ojos de los hombres?* Estando en esta suspension y embelesamiento, y habiendo cesado el canto, oyó que lo llamaban por su nombre *Juan*, con una voz como de mujer, dulce y delicada, que salia de los esplendores de aquella nube, y que le decian, que se acercase: subió á toda prisa la cuestecilla del collado; habiéndose aproximado

Primera Aparicion.

Vió en medio de aquella claridad una hermosísima Señora, muy semejante á la que hoy se vé en su bendita Imágen, conforme á las señas que dió el indio de palabra, ántes que se hubiera copiado, ni otro la hubiese visto: cuyo ropaje, dijo, *que brillaba tanto que hiriendo sus esplendores en los peñascos brutos que se levantan sobre la cumbre del cerrillo, le parecieron piedras preciosas labradas y trasparentes, y las hojas de los espinos y nopales, que allí nacen pequeños y desmedrados por la soledad del sitio, le parecieron manojos de finas esmeraldas, y sus brazos, troncos y espinos, de oro bruñido y reluciente; y hasta el suelo de un corto llano que hay en aquella cumbre, le pareció de jaspe matizado de colores diferentes:* y hablándole

aquella Señora con semblante apacible y halagüeño en idioma mexicano, le dijo:

—*Hijo mio, Juan Diego, á quien amo tiernamente, como á pequeñito y delicado* (que todo esto suena la locucion del lenguaje mexicano) *á dónde vas?.*

Respondió el indio:

—*Voy, noble dueño y Señora mia, á México, y al barrio de Tlatelolco á oir la Misa que nos muestran los ministros de Dios y sustitutos suyos.*

Habiéndole oido María Santísima, le dijo así:

—*Sábete, hijo mio, muy querido, que soy yo la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, Autor de la vida, Criador de todo, y Señor del cielo y de la tierra, que está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde, como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa, y la compasion que tengo de los naturales y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo, y me llamaren en sus trabajos y aflicciones; y donde oiré sus lágrimas y ruegos, para darles consuelo y alivio: y para que tenga efecto mi voluntad, has de ir á la ciudad de México, y al palacio del Obispo, que allí reside, á quien dirás que yo te envío, y como es gusto mio que me edifique un templo en este lugar; le referirás cuanto has visto y oido: y tén por cierto tú, que te agradeceré lo que por mí hicieres en esto que te encargo, y te afamaré y sublimaré por ello: ya has oido, hijo mio, mi deseo; vete en paz, y advierte que te pagaré el trabajo y diligencia que pusieres: y así harás en esto todo el esfuerzo que pudieres.*

Postrándose el indio en tierra, le respondió:

—*Ya voy, nobilísima Señora y dueño mio, á poner por obra tu mandato, como humilde siervo tuyo: quédate en buena hora.*

Habiéndose despedido el indio con profunda reverencia, cogió la calzada que se encamina á la ciudad, bajada la cuesta del cerro que mira al Occidente. En ejecucion de lo prometido fué vía recta Juan Diego á la ciudad de México, que dista una legua de este paraje y montecillo, y entró en el palacio del Señor Obispo: era este el Ilustrísimo Señor D. Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo de México. Habiendo entrado el indio en el palacio del Señor Obispo, comenzó á rogar á sus sirvientes que le avisasen para verle y hablarle: no le avisaron luego, ora porque era de mañana, ó porque le vieron pobre y humilde: obligáronle á esperar mucho tiempo, hasta que conmovidos de su tolerancia, le dieron entrada. Llegando á la presencia de su Señoría, hincado de rodillas, le dió su embajada, diciéndole: *que le enviaba la Madre de Dios, á quien habia visto y hablado aquella madrugada*; y refirió todo cuanto habia visto y oido, segun que dejamos dicho. Oyó con admiracion lo que afirmaba el indio, extrañando un caso tan prodigioso; no hizo mucho aprecio del mensaje que llevó, ni le dió entera fé y crédito, juzgando que fuese imaginacion del indio, ó sueño; ó temiendo que fuese ilusion del demonio, por ser los naturales recien convertidos á nuestra sagrada religion: y aunque le hizo muchas preguntas acerca de lo que habia referido, y le halló constante; con todo le despidió, diciendo, que volviese de allí á algunos dias porque queria inquirir el

negocio, á que habia ido, muy de raíz, y le oiria mas despacio, por informarse (claro es) de la calidad del mensajero, y dar tiempo á la deliberacion. Salió el indio del palacio del Sr. Obispo muy triste y desconsolado, tanto por haber entendido que no se le habia dado entera fé y crédito, cuanto por no haber surtido efecto la voluntad de María Santísima, de quien era mensajero.

Segunda aparicion.

Volvió Juan Diego este propio dia sobre tarde, puesto el sol, al pueblo en que vivia, y á lo que se presume por los rastros que de ello se han hallado, era el pueblo de *Tolpetlac* que cae á la vuelta del cerro mas alto, y dista de él una legua, á la parte del Nordeste. *Tolpetlac* significa *lugar de esteras de espadaña*, porque seria en aquel tiempo única ocupacion de los indios vecinos de este pueblo el tejer esteras de esta planta. Habiendo, pues, llegado el indio á la cumbre del cerrillo, en que por la mañana habia visto y hablado á la Vírgen María, halló que le aguardaba con la respuesta de su mensaje: así que la vió, postrándose en su acatamiento, le dijo:

—*Niña mia, muy querida, mi Reina y altísima Señora, hice lo que me mandaste; y aunque no tuve luego entrada á ver y hablar con el Obispo, hasta despues de mucho tiempo, habiéndole visto, le dí tu embajada en la forma que me ordenaste: oyóme apacible y con atencion: mas á lo que yo ví en él, y segun las preguntas que me hizo, colegí, que no me habia dado crédito, porque me*

dijo que volviese otra vez, para inquirir de mí mas despacio el negocio á que iba, y escudriñarlo muy de raíz. Presumió, que el templo que pides se te labre, es ficcion mia, ó antojo mio, y no voluntad tuya: y así te ruego, que envies para esto alguna persona noble y principal, digna de respeto, á quien deba darse crédito; porque ya ves, dueño mio, que soy un pobre villano, hombre humilde y plebeyo, y que no es para mí este negocio á que me envías; perdona Reina mia, mi atrevimiento, si en algo he excedido á el decoro que se debe á tu grandeza; no sea que yo haya caido en tu indignacion, ó te haya sido desagradable con mi respuesta.

Este coloquio en la forma que se ha referido, se contenia en el escrito histórico de los naturales; y no tiene otra cosa mia, sino es la traslacion del idioma mexicano en nuestra lengua castellana, frase por frase.

Oyó con benignidad María Santísima lo que le respondió el indio, y habiéndole oido, le dijo así:

—*Oye, hijo mio muy amado, sábete que no me faltan sirvientes, ni criados á quien mandar, porque tengo muchos que pudiera enviar, si quisiera, y que harian lo que les ordenase; mas conviene mucho que tu hagas este negocio y lo solicites, y por intervencion tuya ha de tener efecto mi voluntad y mi deseo: y así te ruego, hijo mio, y te ordeno, que vuelvas mañana, á ver y hablar al Obispo, y le digas que me labre el templo que le pido, y que quien te envía, es la Vírgen María, Madre del Dios verdadero.*

Respondió Juan Diego:

—*No recibas disgusto, Reina y Señora mia, de lo*

que he dicho, porque iré de muy buena voluntad, y con todo mi corazon á obedecer tu mandato, y llevar tu mensaje, que no me escuso, ni tengo el camino por trabajo; mas quizá no seré acepto, ni bien oido, ó ya que me oiga el Obispo, no me dará crédito: con todo haré lo que me ordenas, y esperaré, Señora, mañana en la tarde en este lugar, al ponerse el sol, y te traeré la respuesta que me diere: y así queda en paz, alta niña mia, y Dios te guarde.

Despidióse el indio con profunda humildad, y se fué á su pueblo y casa. No se sabe si dió noticia á su mujer ó á otra persona de lo que le habia sucedido, porque no lo decia la historia; sino es que confuso y avergonzado de que no se le hubiera dado crédito, no se atrevió á decirlo hasta ver el fin de este negocio.

En el dia siguiente, domingo diez de Diciembre, vino Juan al templo de Santiago *Tlatelolco* á oir Misa, y asistir á la Doctrina Cristiana, y acabada la cuenta que acostumbran los ministros evangélicos hacer de los feligreses naturales en cada parroquia, por sus barrios (que entonces era una sola, y muy dilatada la de Santiago *Tlatelolco*, que se dividió despues en otras, cuando hubo cópia de sacerdotes) volvió el indio al palacio del Sr. Obispo, en obediencia del mandato de la Vírgen María; y aunque le dilataron mucho tiempo los familiares del Sr. Obispo el avisarle para que le oyese; habiendo entrado, humillado en su presencia, le dijo con lágrimas y gemidos, «como por se-«gunda vez habia visto á la Madre de Dios en el pro-«pio lugar que la vió la vez primera; que le aguardaba

«con la respuesta del recado que le habia dado antes; «y que de nuevo le habia mandado volver á su pre-«sencia á decirle, que le edificase un templo en aquel «sitio que la habia visto y hablado; y que le certifi-«case como era la Madre de Jesucristo la que lo en-«viaba, y la siempre Vírgen María.»

Oyóle con mayor atencion el Señor Obispo, y empezó á moverse á darle crédito; y para certificarse mas del hecho, le hizo diversas preguntas y repreguntas cerca de lo que afirmaba, amonestándole que viese muy bien lo que decia, y acerca de las señas que tenia la Señora que lo enviaba: y aunque por ellas reconoció que no podia ser sueño ni ficcion del indio; para asegurar mejor la certidumbre de este negocio, y que no pareciese liviandad el dar crédito á la relacion sencilla de un indio plebeyo y cándido, le dijo: «que no era bastante lo que le habia dicho, para po-«ner luego por obra lo que pretendia; y que así le di-«jese á la Señora que lo enviaba, le diese algunas se-«ñas de donde coligiese que era la Madre de Dios la «que lo enviaba, y que era voluntad suya que se labra-«se templo.» Respondió el indio, «que viese cuál se-«ñal queria, para que la pidiese.» Habiendo hecho reparo el Sr. Obispo, que no habia puesto escusa en pedir la señal el indio ni dudado en ello, antes sin turbacion alguna habia dicho, que escogiese la señal que le pareciese, llamó á dos personas, las de mas confianza de su familia, y hablándoles en la lengua castellana, que no entendia el indio, les mandó que lo reconociesen muy bien, y que se aprestasen luego que le despidiese, para ir en su seguimiento; y que

sin perderlo de vista, y sin que él sospechase que lo seguian, con cuidado fuesen en pos de él, hasta el lugar que habia señalado, y en que afirmaba haber visto á la Vírgen María; y que advirtiesen con quien hablaba, y le trajesen razon de todo cuanto viesen y entendiesen: hízose así conforme al órden del Sr. Obispo. Despedido el indio de la presencia de Su Señoría, salieron los criados en su seguimiento, sin que él lo advirtiese, llevándole siempre á los ojos. Luego que Juan Diego llegó á una puente por donde se pasaba el rio, que por aquella parte, y casi al pié del cerrillo desagua en la laguna, que tiene aquesta ciudad al Oriente, desapareció el indio de la vista de los criados que lo seguian: y aunque lo buscaron con toda diligencia, habiendo registrado el cerrillo por una y otra parte, no lo hallaron: y teniéndole por embaidor, y mentiroso ó hechicero, se volvieron despechados con él: y habiendo informado de todo al Sr. Obispo, le pidieron que no le diese crédito, y que le castigase por el embeleco, si volviese.

Tercera aparicion.

Luego que Juan (que iba por delante á una vista de los criados del Sr. Obispo) llegó á la cumbre del cerrillo, halló en él á María Santísima, que le aguardaba por segunda vez con la respuesta de su mensaje. Humillado el indio en su presencia le dijo, «como en «cumplimiento de su mandato, habia vuelto al Pala«cio del Obispo, y le habia dado su mensaje; y que «despues de varias preguntas y repreguntas que le ha-

«bia hecho, le dijo no era bastante su simple relacion, «para tomar resolucion en un negocio tan grave, y «que te pidiese, Señora, una señal cierta; por la cual «conociese que me enviabas tú, y que era voluntad «tuya que se te edificase templo en este sitio.»

Agradecióle María Santísima el cuidado y diligencia con palabras cariñosas; y mandóle que volviese el dia siguiente al mismo paraje, y que allí le daria señal cierta con que el Obispo le diese crédito: y despidióse el indio cortesmente, prometida la obediencia.

Pasó el dia siguiente, lúnes once de Diciembre, sin que Juan Diego pudiese volver á poner en ejecucion lo que se le habia ordenado; porque cuando llegó á su pueblo, halló enfermo á un tio suyo, llamado Juan Bernardino, á quien amaba entrañablemente, y tenia en lugar de padre, de un accidente grave, y con una fiebre maligna, que los naturales llaman *Cocoliztli*; y compadecido de él, ocupó la mayor parte del dia en ir en busca de un médico de los suyos, para que le aplicase algun remedio: y habiéndole conducido á donde estaba el enfermo, y héchosele algunas medicinas, se le agravó la enfermedad al doliente; y sintiéndose fatigado aquella noche, le rogó á su sobrino que tomase la madrugada antes que amaneciese, y fuese al convento de Santiago *Tlatelolco* á llamar á uno de los religiosos de él, para que le administrase los Santos Sacramentos de la Penitencia y Extrema Uncion: porque juzgaba que su enfermedad era mortal. Cogió Juan Diego la madrugada del dia mártes doce de Diciembre, caminando á toda diligencia á llamar

uno de los sacerdotes, y volver en su compañía por su guía: y así como empezó á esclarecer el dia, habiendo llegado al sitio por donde habia de subir á la cumbre del montecillo, por la parte del Oriente, le vino á la memoria el no haber vuelto el dia antecedente á obedecer el mandato de la Vírgen María, como habia prometido; y le pareció, que si llegase al lugar en que la habia visto, habia de reprenderlo, por no haber vuelto, como le habia ordenado, y juzgando con su candidez, que cogiendo otra vereda, que seguia por lo bajo y falda del montecillo, no le veria ni detendria; y porque requeria prisa el negocio á que iba, y que desembarazado de este cuidado, podria volver á pedir la señal que habia de llevarle al Sr. Obispo: hízolo así; y habiendo pasado el paraje, donde mana una fuentecilla de agua aluminosa, ya que iba á volver la falda del cerro, le salió al encuentro María Santísima.

Cuarta aparicion.

Vióla el indio bajar de la cumbre del cerro; para salirle al encuentro, rodeada de una nube blanca, y con la claridad que la vió la vez primera, y díjole:

—*Adónde vas, hijo mio, y qué camino es el que has seguido?*

Quedó el indio confuso, temeroso y avergonzado; y respondió con turbacion, postrado de rodillas:

Niña mia muy amada, y Señora mia, Dios te guarde. ¿Cómo has amanecido? ¿Estás con salud? No tomes disgusto de lo que dijere. Sabe, dueño mio, que

está enfermo de riesgo un siervo tuyo, y mi tio, de un accidente grave y mortal; y porque se vé muy fatigado, voy de prisa al Templo de Tlatelolco en la Ciudad, á llamar un sacerdote, para que venga á confesarle y olearle; que en fin nacimos todos sujetos á la muerte; y despues de haber hecho esta diligencia, volveré por este lugar á obedecer tu mandato. Perdóname, te ruego, Señora mia, y ten un poco de sufrimiento, que no me escuso de hacer lo que has mandado á este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin falta.

Oyó María Santísima con semblante apacible la disculpa del indio, y le dijo de esta suerte:

—*Oye, hijo mio, lo que te digo ahora: no te moleste ni aflija cosa alguna, ni temas enfermedad, ni otro accidente penoso, ni dolor. ¿No estoy aquí yo, que soy tu Madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? ¿No estás en mi regazo, y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa? No tengas penas ni cuidado alguno de la enfermedad de tu tio, que no ha de morir de ese achaque; y ten por cierto que ya está sano* (y fué así, segun se supo despues, como se dirá adelante.)

Así que oyó Juan Diego estas razones, quedó tan consolado y satisfecho, que dijo:

—*Pues envíame, Señora mia, á ver á el Obispo, y dame la señal que me dijiste, para que me dé crédito.*

Díjole María Santísima:

—*Sube, hijo mio muy querido y tierno, á la cumbre del cerro en que me has visto y hablado, y corta las rosas que hallares allí, y recógelas en el regazo de tu ca-*

pa, y tráelas á mi presencia, y te diré lo que has de hacer y decir.

Obedeció el indio sin réplica, no obstante que sabia de cierto que no habia flores en aquel lugar, por ser todo peñascos, y que no producia cosa alguna. Llegó á la cumbre, donde halló un hermoso vergel de rosas de castilla frescas, olorosas y con rocio; y poniéndose la manta ó tilma, como acostumbran los naturales, cortó cuantas rosas pudo abarcar en el regazo de ella, y llevólas á la presencia de la Vírgen María, que le aguardó al pié de un árbol, que llaman *Cuauzahuatl* los indios, que es lo mismo que *árbol de tela de araña*, ó *árbol ayuno*, el cual no produce fruto alguno, y es árbol silvestre, y solo dá unas flores blancas á su tiempo; y conforme al sitio, juzgo que es un tronco antiguo, que hoy persevera en la falda del cerro, á cuyo pié pasa una vereda, por donde se sube á la cumbre por la banda del Oriente, que tiene el manantial de agua de alumbre de frente: y aquí fué sin duda el lugar en que se hizo la pintura milagrosa de la bendita imágen; porque humillado el indio en la presencia de la Vírgen María, le mostró las rosas que habia cortado: y cogiéndolas todas juntas la misma Señora, y aparándolas el indio en su manta, se las volvió á verter en el regazo de ella, y le dijo:

—*Ves aquí la señal que has de llevar al Obispo, y le dirás, que por señas de estas rosas, haga lo que le ordeno; y ten cuidado, hijo, con esto que te digo; y advierte que hago confianza de tí. No muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues tu capa, sino en presencia del Obispo, y dile lo que te mandé hacer ahora: y con esto le pondrás ánimo para que ponga por obra mi templo.*

Y dicho esto, le despidió la Vírgen María. Quedó el indio muy alegre con la señal, porque entendió que tendria buen suceso, y surtiria efecto su embajada; y trayendo con gran tiento las rosas sin soltar alguna, las venia mirando de rato en rato, gustando de su fragancia y hermosura. (1)

Aparicion de la Imágen.

Llegó Juan Diego con su postrer mensaje al palacio episcopal; y habiendo rogado á varios sirvientes del Sr. Obispo que le avisasen, no lo pudo conseguir por mucho espacio de tiempo, hasta que enfadados de sus importunaciones, advirtieron que abarcaba en su manta alguna cosa: quisieron registrarla, y aunque resistió lo posible á su cortedad, con todo le hicieron descubrir con alguna escasez lo que llevaba: viendo que eran rosas, intentaron cojer algunas viéndolas tan hermosas; y al aplicar las manos por tres veces, les pareció que no eran verdaderas, sino pintadas ó tejidas con arte en la manta.

Dieron los criados noticia de todo al Sr. Obispo; y habiendo entrado el indio á su presencia y dádole su mensaje, añadió que llevaba las señas, que le habia mandado pedir á la Señora que lo enviaba: y desple-

(1) Las rosas milagrosas sirvieron *inmediatamente* de señal á Juan Diego; y las rosas con la Imágen milagrosamente pintada fueron la señal, que *directamente* la Vírgen mandó al Santo Prelado.

gando su manta, cayeron del regazo de ella en el suelo las rosas, y se vió en ella pintada la Imágen de María Santísima, como se vé el dia de hoy.

Admirado el Sr. Obispo del prodigio de las rosas frescas, olorosas, y con rocio, como recien cortadas, siendo el tiempo mas riguroso del invierno en este clima, y (lo que es mas) de la santa Imágen que pareció pintada en la manta, habiéndola venerado como cosa celestial, y todos los de su familia que se hallaron presentes, le desató al indio el nudo de la manta, que tenia atrás en el cerebro, y la llevó á su Oratorio; y colocada con decencia la Imágen, dió las gracias á nuestro Señor y á su gloriosa Madre.

Detuvo aquel dia el Sr. Obispo á Juan Diego en su palacio, haciéndole agasajo; y el dia siguiente le ordenó que fuese en su compañia y le señalase el sitio en que mandaba la Vírgen Santísima María que se le edificase Templo. Llegados al parage señaló el sitio, y sitios en que la habia visto y hablado las cuatro veces con la Madre de Dios; y pidió licencia para ir á ver á su tio Juan Bernardino, á quien habia dejado enfermo: y habiéndola obtenido, envió el Sr. Obispo algunos de su familia con él, ordenándoles, que si hallasen sano á el enfermo, lo llevasen á su presencia.

Quinta aparicion.

Viendo Juan Bernardino á su sobrino acompañado de españoles, y la honra que le hacian, cuando llegó á su casa, le preguntó la causa de aquella novedad; y

habiéndole referido todo el progreso de sus mensajes al Sr. Obispo, y como la Vírgen Santísima le habia asegurado de su mejoría: y habiéndole preguntado la hora y momento en que se le habia dicho que estaba libre del accidente que padecia, afirmó Juan Bernardino, que en aquella misma hora y punto habia visto á la misma Señora, en la forma que le habia dicho; y que le habia dado entera salud; y que le dijo «como era gusto suyo que se le edificase un Tem«plo en el lugar en que su sobrino la habia visto; y así«mismo que su Imágen se llamáse SANTA MARIA DE «GUADALUPE:» no dijo la causa; y habiéndolo entendido los criados del Sr. Obispo, llevaron á los dos indios á su presencia: y habiendo sido examinado acerca de su enfermedad, y el modo con que habia cobrado salud, y qué forma tenia la Señora que se la habia dado; averiguada la verdad, llevó el Sr. Obispo á su palacio á los dos indios á la ciudad de México.

Ya se habia difundido por todo el lugar la fama del milagro, y acudian los vecinos de la ciudad á el palacio episcopal á venerar la Imágen. Viendo pues el concurso grande del pueblo, llevó el Sr. Obispo la Imágen Santa á la Iglesia mayor, y la puso en el altar, donde todos la gozasen, y donde estuvo mientras se le edificó una ermita en el lugar que habia señalado el indio, en que se colocó despues con procesion y fiesta muy solemne.

Esta es toda la tradicion sencilla, y sin ornato de palabras; y es en tanto grado cierta esta relacion, que cualquiera circunstancia que se añada, si no fuere absolutamente falsa, será por lo menos apócrifa; porque

la forma en que se ha referido, es muy conforme á la precision, brevedad y fidelidad, con que los naturales cuerdos, é historiadores de aquel siglo escribian, figuraban y referian los suscesos memorables.

El motivo que tuvo la Vírgen para que su Imágen se llamase de Guadalupe, no lo dijo; y así no se sabe, hasta que Dios sea servido de declarar este misterio.

Hasta aquí llega la tradicion primera, mas antigua y mas fidedigna, por lo que se dirá despues."

III.

Colocacion de la Santa Imágen en su primera Iglesia.

Luego que el Obispo hubo certificado el portento, hizo publicar en los pueblos de la Comarca de México, y en los mercados, que los Indios llamaban Tianguis, todo el suceso hasta la Aparicion de la Santa Imágen. La publicacion del prodigio y la fama de la extraordinaria belleza de la Santa Imágen milagrosamente aparecida, excitó los pueblos en deseos de tenerla en lugar público y patente; para satisfacer á estos deseos el santo Prelado la trasladó desde su Oratorio á la Iglesia Mayor. A medida de que se propagaba la noticia del singular acontecimiento, concurrian los pueblos de muy lejanas tierras. Y deseoso el Sr. Zumárraga de cumplir con la obligacion impuesta por la Vírgen de edificarle un templo, puso luego manos á la obra: y ayudado de los indios que concurrian cada

dia en mas número, y de los Religiosos Franciscanos, en el sitio, en donde la Santa Madre de Dios apareció la última vez á Juan Diego, y le dió las señales de las flores, levantó una pobre Capilla, formada de adobes, que tenia de trece en catorce varas de largo. ¡Tan es verdad que todas las obras de Dios empiezan siempre ó por la pobreza del pesebre de Belen, ó por la cruz del Calvario! Luego que la Capilla estuvo concluida, el santo Obispo convidó á los Religiosos Franciscanos y Domínicos y á los pocos clérigos que entonces habia y á otras piadosas personas, y el 26 de Diciembre llevó en procesion la Santa Imágen y la colocó en la pobre Capilla. Los Religiosos de San Francisco revestidos con adornos sacerdotales llevaban en hombros, debajo de un palio, la Santa Imágen en unas andas aderezadas de vistosa y rica plumería de diferentes colores; otros Sacerdotes incensaban la Santa Imágen; despues de ellos el Santo Obispo, descalzos los pies, iba lleno de regocijo y de devocion. Los indios mientras tanto, muy alborozados y reanimados, habian cubierto todo el espacio de la procesion hasta la Capilla de vistosa enramada y yerbas olorosas: acompañaban la procesion unos por tierra con danzas y festejos, otros en canoas: todos repitiendo con entusiasmo: *La Vírgen es de nosotros los indios. Nuestra limpia Madre y Señora; La Vírgen es de nosotros los indios*: alternando estas alabanzas con sus instrumentos de música, y danzas y salomas militares. Y quiso el Señor mostrar con un milagro que eran de su agrado los nuevos obsequios que tributaban á su Santa Madre en el acto que colocaban